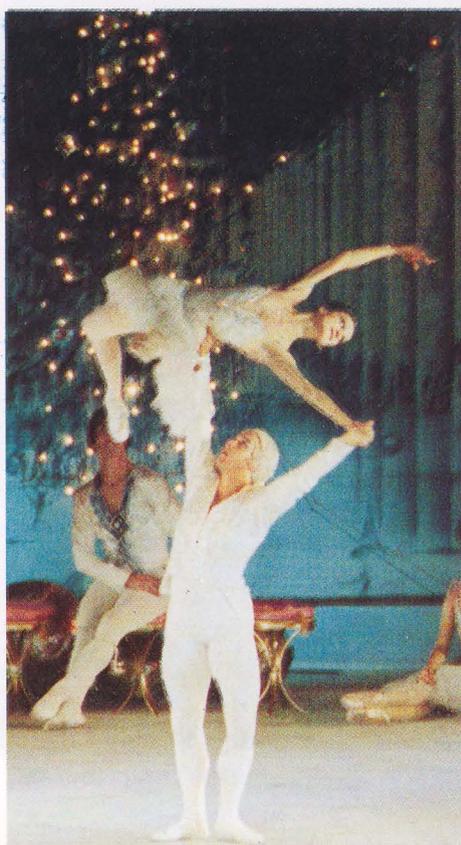


Actuación organizada por la Caja de Canarias en el Centro Insular de Deportes de Gran Canaria



“CASCANUECES” por el Ballet de la Ópera de Minsk

Hay momentos en el ballet clásico, y sólo en este ballet, que abarcan toda una antología, o mejor, compendian el goce en el que lo estático y lo dinámico alcanzan la cima de la expresión. Son momentos que seguramente se dan de tarde en tarde pero que nosotros hemos compartido con otros espectadores presenciando actuaciones —algunas ya muy lejanas en el tiempo— del London Festival Ballet, el Ballet de la Opera de Bucarest, con aquella prodigiosa solista que fue Magdalena Popa; el Ballet Nacional de Cuba, con Alicia Alonso incorporando el espíritu mismo de la danza o el Ballet de Maurice Bejart, de tan grato recuerdo para todos, y que abarcaba un horizonte lleno de intensidad y de estremecimiento. Formaciones balletísticas ante las que nadie pudo



permanecer indiferente. El ballet es un momento radiante y seductor —no lo decimos nosotros, pero sí lo subrayamos— en el que materia y espíritu se encuentran en la ingravidez. Pues bien, al cabo de algunos años y fuera de su ámbito habitual, el Teatro “Pérez Galdós”, el ballet ha vuelto a nuestra ciudad, pero, en su encantamiento romántico, en su sístole y diástole de cada escena coreográfica, fascinar a propios y extraños. Sí, el ballet clásico ha vuelto y ha vuelto bien, en esta ocasión teniendo como escenario el Centro Insular de Deportes del Cabildo Insular de Gran Canaria. Y ha venido de la mano de esa formación balletística perteneciente al Teatro de la Opera de Minsk, y con tradición de cien años.

Un espectáculo radiante y lleno de sentimiento al mismo tiempo; un espectáculo que supera toda limitación: sensorial y sugestivo y, como decía aquella especialista cubana que conocimos a través de Gelu Barbu, acariciante y cálido. Un espectáculo en el que lo cóncavo y lo convexo que se distingue en el mismo parecen tejer unas formas aladas —las viriles del bailarín, las estilizadas de la bailarina— esa incandescencia placentera propia del clasicismo. Nos estamos refiriendo al ballet “Cascanueces”, con música de Tchaikowsky y coreografía de Valentín Nicolaevich Yelizariiev, actual director de la Opera de Minsk, pero formado en la prestigiosa Academia de Danza de Leningrado. Yelizariiev, que ha profundizado en las creaciones de los grandes coreógrafos del pasado, muy particularmente en Pettipá, logra esa simbiosis en las que las tonalidades del movimiento se sustentan tanto en el mismo misterio de la danza como en el ritmo. Es una coreografía, la de este “Cas-



canueces”, vibrante, luminosa. Una coreografía que flota en la fluidez de sus contrastes entre solistas y solistas y cuerpo de baile. Todo se desarrolla con pleno sentido, como si lo moviera un solo músculo, una sola potencia, un mismo ánimo, una misma intención. Y lo mejor de todo es

que la coreografía de este “Cascanueces” está constituida por ideas más que por esquemas. Un “Cascanueces” donde alienta un estilo y estética que no se apartan nunca de la condición de la danza, aunque reconocamos evidentes imprecisiones técnicas.

